



S. GUILLEBALDO, O.

se dedicó con un valor verdaderamente apostólico á reprimir los excesos que habian cometido los violentos invasores, que retenian por fuerza las posesiones eclesiásticas; compeliéndoles á la restitucion con la formidable espada de la excomunion, en caso de desatender sus paternales moniciones; y con el mismo brío redimió á los pobres de las vejaciones injustas que les hacian los poderosos. Y como los vicios de los clérigos habian llegado á lo sumo por la torpe negligencia de sus predecesores, la refrenó con el freno de la mas rigida severidad, á fin de que la santidad de su vida sirviese de ejemplo á los seglares. En suma, restableció en su grey, hasta entonces afeada con tantos excesos, manchada con tantos delitos y gravada con tantos pecados, el culto de Dios y la pureza de las costumbres, que con motivo de la frecuencia de las guerras se hallaban en una sensible relajacion, de suerte que vino á ser su obispado el objeto de los mas altos elogios por la infatigable actividad del zelosísimo prelado.

No es fácil esplicar lo mucho que tuvo que padecer Odon en tan arduas empresas; pero no por ellas dejó de atender á su propia santificacion. En efecto, su oracion era frecuente, sus mortificaciones continuas, y su caridad sin límites; y considerando que el ejemplo persuade mas que los discursos por mas elocuentes que sean, fijó todo su empeño en que no se notase en sus acciones lo que reprendia en otros. Quiso Dios premiar los grandes méritos de su siervo, y preparándose para su feliz tránsito con aquellas disposiciones propias de un espíritu todo encendido en las llamas del amor divino, murió en el dia 7 de julio del año 1122, con grande sentimiento de sus ovejas que lloraron amargamente la pérdida de su ilustre pastor, cuyo venerable cuerpo se depositó en la iglesia de Urgel en un magnifico sepulcro, en el que se grabó un epitafio espresivo de sus esclarecidas acciones. No tardó el Señor en acreditar la gloria de su siervo con repetidos milagros, los cuales movieron á su sucesor D. Pedro á que con acuerdo de su cabildo se estableciese la fiesta del Santo entre las principales de la iglesia de Urgel, conforme á la de su patron y esclarecido obispo S. Armengol, segun consta por el decreto de aquel Capitulo del año 1133, once despues de la muerte de S. Odon.

SAN GUILLEBALDO Ó WILLEBALDO, OBISPO.

FUÉ inglés de nacion, y de casa mas recomendable en la Iglesia por ser familia de santos, que en el mundo por su elevada

nobleza; porque Ricardo su padre, Winebaldo su hermano, su hermana Warburga, y su primo Bonifacio, obispo de Maguncia, todos reciben culto en los altares, y se leen sus nombres en el Martirologio.

Nació nuestro Santo por los años de 700; y como eran tan virtuosos sus padres, no esperaron á que llegase el uso de la razon para inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. A los tres años cayó peligrosamente enfermo, y experimentándose inútiles los remedios naturales, recurrieron sus virtuosos padres á los sobrenaturales. Llevaron al niño al pié de una cruz que estaba cerca de su casa; y haciendo fervorosa oracion, ofrecieron á Dios le consagrarían al niño en un monasterio, si se dignaba su Majestad darle salud. Era entonces costumbre entre los ingleses, particularmente en la gente de distincion y poderosa, erigir grandes y hermosas cruces, así en sus posesiones como en los lugares públicos, para hacer oracion ante ellas, como aun el día de hoy se observa en todos los países católicos, aunque en unos mas que en otros.

Aceptó Dios la ofrenda de los piadosos padres, y oyó sus oraciones, concediendo al niño pronta y repentina salud, que se tuvo por milagrosa. Su padre Ricardo le detuvo como en depósito en su casa hasta que cumpliese los cinco años; pero apenas los cumplió, cuando se le entregó á Egbaldo, abad de Waltheim, quien le hizo educar con el mayor cuidado en el monasterio. Costó poco inclinarle á todos los ejercicios de piedad, y en breve tiempo hizo tan grandes progresos, que se conoció bien el especial amor con que miraba Dios á aquel niño.

Apenas contaba doce años cuando ya le proponían por modelo de la vida religiosa á los mas antiguos. Todas sus ansias eran por el cielo, estando lleno de Dios su tiernecito corazon; y para inflamarse mas en el fuego del amor divino, aprendió de memoria todo el Salterio.

Es indecible la estimacion general que se mereció en toda la abadía de Waltheim, no menos respetable por su inocencia y por su virtud, que tiernamente amado por su modestia, por su puntualidad y por su dulcísimo genio. No habia monge que en los tiempos de recreacion no se arrimase á Guillebaldo para gozar de su amabilísimo trato. Desagradóle mucho esta general estimacion, en vez de lisonjearle, y le pareció seria mas conveniente para su mayor perfeccion alejarse de su patria; y vivir donde no fuese conocido. Era en aquellos siglos muy ordinario á los ingleses ir á Roma por devocion, y peregrinar á otros lugares, que hacia célebres en la cristiandad el piadoso concurso de

los fieles. Persuadióse Guillebaldo que le mereceria singulares gracias del cielo el visitar en Roma los sepulcros de los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo; y logró tambien persuadir á su padre Ricardo y á su hermano Guillebaldo que le hiciesen compañía en aquel devoto viaje. Fácilmente consiguió la licencia de su abad; pero no le fué tan fácil consolar á sus hermanos. En medio de eso, el deseo y la esperanza de conseguir por intercesion de los santos Apóstoles grandes auxilios para su santificacion le hicieron vencer todas las dificultades, y partió con su padre y con su hermano el año de 721; pero luego moderó Dios el gozo que tuvo el Santo en su piadosa peregrinacion. Murió su padre Ricardo en el camino, y fué enterrado en Luca de Toscana. Continuaron su romeria los dos hermanos, y llegaron felizmente á Roma, donde se detuvieron casi un año para satisfacer su devocion.

Bien quisiera Guillebaldo llevar mas léjos á su querido hermano, pero éste se vió precisado á volver á Inglaterra; y habiéndose separado los dos con demostraciones de la mayor ternura, se juntó nuestro Santo á otros dos ó tres jóvenes ingleses que encontró en Roma, y peregrinó con ellos á visitar los santos lugares de Jerusalem. Necesitaron todos de mucho esfuerzo para tolerar las fatigas y trabajos del camino; pero les sostuvo su devocion. A los trabajos forzosos añadieron las penitencias voluntarias; vivian de limosna, dormian sobre la dura tierra, su comida era pan y agua.

Para mayor aumento de sus penas permitió el Señor que en Emesa, ciudad de Fenicia, los tuviesen por espías, los arrestasen y los cargasen de prisiones; pero su divina y amorosa providencia no se olvidó de ellos. Viólos en una ocasion un mercader rico de la misma ciudad, hizo que le refiriesen sus aventuras, y dispuso Dios que se agradase tanto de su modestia, y de tal manera se compadeciese de su desgracia, que ofreció á los sarracenos todo lo que le pidiesen por su libertad; pero impresionados éstos en el concepto de que eran espías, nada pudo conseguir de ellos; por lo que únicamente dedicó todo su cuidado á suavizarlos y aliviarlos cuanto le fué posible los trabajos y las penalidades de la prision. Enviábalos todos los dias por la tarde y por la mañana cuanto habian menester para sustentarse, y tenia gran cuidado de que un hijo suyo los visitase con frecuencia. Llegó á tanto su caridad, que salió por fiador para que se les diese libertad algunas veces; pudiendo salir todos los domingos á visitar una iglesia, donde pasaban una buena parte del día; y habiendo asistido á los divinos oficios, se restituían despues á su prision.

Con ocasion de estas frecuentes salidas se dieron presto á conocer los tres jóvenes ingleses. Admiraban todos su apacibilidad, su devocion y su modestia; ibanse tras de ellos hasta la iglesia; salian por verlos á la puerta de la calle, y cada uno deseaba saber el motivo de su desgracia. Entre todos un español establecido en Emesa se informó de ellos mismos, así de quienes eran, como de los sucesos de su vida, y se ofreció á prestar sus buenos oficios con el rey de los sarracenos. Era un hermano suyo gentilhombre de cámara de este príncipe, y de gran valimiento en la corte, por cuyo medio consiguió que se les diese libertad, y se les dejase proseguir pacíficamente su viaje.

Conociendo las grandes obligaciones que tenían así al mercader de Emesa como al español, esplicaron su reconocimiento mas con lágrimas que con palabras, y dándoles vivísimas muestras de su eterna gratitud, se despidieron de sus bienhechores, y partieron á Palestina. Vieron devota y cuidadosamente todo cuanto podia contentar su piadosa curiosidad; y no satisfechos con visitar los santos lugares santificados con la presencia del Salvador, quisieron ver tambien los mas célebres monasterios de la Tierra Santa, donde mas resplandecia la perfeccion evangélica. Regalaba Dios á Guillebaldo con dulcísimos consuelos; pero al mismo tiempo se los mezclaba tambien con las mas amargas pruebas. Haciendo un dia oracion en la iglesia de S. Matias, perdió de repente la vista, y se pasmaron sus compañeros al ver la resignacion con que llevó este trabajo. No alteró un punto la alegría de su corazon ni de su semblante la pérdida de los ojos; y vueltos á Jerusalem, estando en la iglesia de santa Cruz dos meses despues, recobró la vista tan inesperada y tan repentinamente como la habia perdido. En S. Juan de Acre le detuvo algun tiempo una dolorosa enfermedad; pero nunca se desmintió su paciencia, y apenas recibió la salud, cuando se embarcó con sus compañeros para Italia.

La fama que tenia en el mundo el Monte Casino, acabado de reparar á la sazón por el papa Gregorio II, no podia menos de llamar la devota curiosidad de Guillebaldo. Halló en él muy pocos monges; pero le edificó tanto su fervor, que se resolvió á aumentar su número, y fué recibido con gozo universal de todos, juntamente con uno de sus compañeros. Diez años vivió en el monasterio, donde con sus ejemplos se renovó el primitivo espíritu de su santo instituto. Encomendáronle los primeros oficios de la casa, que desempeñó muy á satisfaccion y con general aplauso de los monges. Gustaba quieta y pacíficamente las deliciosas dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dejarla.

Por el concepto grande que se tenia de su eminente virtud echó el abad mano de él para enviarle á Roma á negocios del monasterio. Luego que llegó, informado el papa de sus talentos y de su mucha santidad, le mandó partir á Alemania, dirigiéndole á san Bonifacio, que era primo del mismo Guillebaldo. S. Bonifacio no quiso que estuviese oculto por mas tiempo aquel tesoro, y le ordenó de sacerdote. Con el sagrado carácter creció el esplendor de su virtud, y á poco tiempo se reconoció que Guillebaldo era tan poderoso en palabras como en obras; porque habiéndosele encargado el cuidado de la iglesia de Eichstar en Baviera, hizo tanto fruto con sus ejemplos y con sus sermones, que S. Bonifacio le consagró por obispo de ella. Tuvo mucho que padecer su humildad cuando se vió en dignidad tan elevada; pero al mismo tiempo escitó todo su zelo. Habian arruinado los hunos aquella ciudad, y se espermentaban lastimosamente en la religion los estragos de los bárbaros. No es decible lo mucho que trabajó y que padeció para arrancar la maleza de aquella inculta tierra; necesitó de toda su dulzura y de toda su heroica paciencia para superar las dificultades; pero al fin salió con su intento. En menos de seis meses mudó de semblante toda la diócesis de Eichstar; restableció la disciplina en su primitivo fervor, reformó los abusos, enmendó las costumbres, y se vió reinar en todas partes la cristiana piedad.

Era el carácter de nuestro Santo una compasiva caridad con el prójimo, que le hacia amable á todo el mundo. Su mayor gusto era ejercitarla, y nunca se mostraba mas alegre que cuando servia en algo á los miserables. Tenia singular don para consolar á los afligidos; porque su persona, su aire, sus palabras, sus mismos gratísimos modales, todo consolaba. Quería estar menudamente informado de las necesidades de todos los particulares, compadeciéndole tanto las miserias ajenas, que podia decir con S. Pablo: ¿Quién está afligido que yo no lo esté con él? ¿quién está enfermo que á mí no me quebrante el corazon? Pero la dulzura era no mas que para los otros, para sí reservaba toda la severidad. Luego que acabó de fabricar su catedral juntó una comunidad de religiosos, con los cuales vivia observando toda la exactitud y toda la severidad de la regla monástica, y practicando los mismos ejercicios y la misma penitencia que hacia en Monte Casino. En fin, despues de haber trabajado cuarenta y cinco años en arreglar y en santificar su diócesis con un zelo verdaderamente apostólico, murió en Eichstar á 7 de julio del año 787, á los ochenta y siete de su edad, consumado en el ejercicio de todas las virtudes, y estremamente llorado de todo su pueblo.

EL BEATO LORENZO DE BRINDIS.

Nació Lorenzo en la ciudad de Brindis, del reino de Nápoles, en el año 1559. Guillermo Rosi é Isabel Masela fueron sus padres, ambos de las familias mas nobles de aquella ciudad. En el bautismo le pusieron el nombre de Julio César, que mudó en el de Lorenzo cuando vistió el hábito religioso. Apenas habia cumplido cuatro años cuando pidió con muchas instancias á sus padres le vistiesen el hábito de los frailes menores conventuales; y ellos no solo le vistieron este hábito, sino que le pusieron en el convento que estos religiosos tienen en dicha ciudad, para que aprendiese de ellos las letras y la virtud. Pero tuvieron poco que trabajar aquellos religiosos en la educacion de nuestro Lorenzo, porque toda su inclinacion aun en tan tiernos años era á la virtud y á los ejercicios de devocion: asistia al tremendo sacrificio de la misa con tal recogimiento, modestia y atencion que edificaba á todos: gustaba mucho de oir los sermones, y los escuchaba con un cuidado tan atento, que no solo retenia fácilmente en la memoria lo que decia el predicador, sino que copiaba todas sus acciones; y juntando otros muchachos y poniéndose en un lugar eminente, lo repetia con admirable propiedad y viveza: su maestro le componia algunos discursos morales, y él los aprendia con mucha facilidad y decia despues con tanta gracia que los mismos religiosos gustaban de oirle, y se los hacian predicar en el capitulo para que todos tuviesen esta satisfaccion. El arzobispo que supo la gracia con que nuestro Lorenzo predicaba, quiso tambien oirle, y fué á este fin á la pieza del capitulo, y le gustó tanto el discurso que quiso predicase en su catedral, como lo ejecutó muchas veces con aplauso y edificacion universal del concurso numeroso que acudia á oirle: cosa á la verdad muy extraordinaria y apartada de las reglas comunes de la Iglesia, mas digna de admirarse que de imitarse. No gastaba inútilmente el tiempo nuestro Lorenzo en sus tiernos años, pues todo lo empleaba ó en el estudio, ó en la oracion, ó en otros ejercicios devotos. Continuó este tenor de vida hasta que rayó en los catorce años de edad; y entonces habiendo fallecido su padre quiso su madre que volviese á su casa, para que la hiciera compañía y cuidase de los negocios domésticos. Pero nuestro virtuoso jóven que deseaba seguir los estudios, no quiso condescender á sus deseos, y para librarse de las súplicas é instancias con que le molestaba para que saliese del convento y se restituyese á su casa, con consejo de los padres conventuales se partió secretamente á la

ciudad de Venecia en busca de un tio suyo, llamado D. Pedro Rosi, sacerdote de vida muy ejemplar que era cura y rector del colegio de S. Marcos, donde se educaban muchos jóvenes en todo género de virtudes y letras: llegado felizmente á Venecia vió á dicho su tio, y arrodillado á sus pies le pidió su bendicion, diciéndole era su sobrino. El buen sacerdote con mucho regocijo le levantó y estrechó cariñosamente entre sus brazos, dando gracias á Dios de haberle traído á su casa un sobrino de tanto mérito: iba aun nuestro Lorenzo vestido de religioso; pero reflexionando el tio la nota que causaria en la ciudad el ver un muchacho de catorce años con estos hábitos, se los hizo dejar y le vistió del hábito clerical. Luego escribió Lorenzo á su madre una carta muy atenta y humilde, en la cual la daba cuenta de la resolucion que habia tomado, y la pedia perdon del disgusto que con ella la hubiese dado. En la casa de su tio tuvo nuestro Beato un tenor de vida muy admirable: dormia poco, y esto sobre la tierra y sin desnudarse jamás: traia á raiz de las carnes un áspero cilicio: todas las noches tomaba una sangrienta disciplina: ayunaba tres dias en la semana, en los cuales no tomaba mas que pan y agua, y en los demás dias solo añadia yerbas, frutas ó alguna ensalada: era sumamente humilde y obediente á sus maestros y á su tio, oyendo siempre de rodillas las amonestaciones y correcciones que éste á veces le daba: era exactísimo en el silencio, y de tan rara mansedumbre que nadie le vió jamás enfadado ni colérico, y aun en las disputas escolásticas cedia fácilmente para evitar altercaciones. Sobre todo era aficionadísimo á la santa oracion, y oraba con tal recogimiento que no se distraia ni se le iba su imaginacion á otros objetos, favoreciéndole tan particularmente Dios nuestro Señor en este divino ejercicio que los familiares le hallaban en el oratorio algunas veces postrado en tierra, derramando tantas lágrimas que corrian por el suelo; otras, enajenado de los sentidos, sudando copiosamente, y en algunas ocasiones le hallaban estático y tan fuera de los sentidos, que aunque le daban voces y le movian, nada oia ni sentia; pero á la menor insinuacion de su tio luego recobraba los sentidos, como si despertara de un sueño apacible. En este seminario concluyó Lorenzo los estudios de filosofia, y su tio le aplicó á la facultad de los sagrados cánones, y con su vivo ingenio y mucha aplicacion hizo tales progresos en las letras, que era el asombro de todos. Sucedió en este tiempo, que habiéndose embarcado para volverse del convento de los padres Capuchinos á su colegio de S. Marcos, se levantó de improviso tan furiosa tormenta, que todos los que iban en la embarcacion se daban